

Allende y la Unidad Popular.

Hacia una deconstrucción de los mitos políticos chilenos (1)

Gonzalo Cáceres Quiero(2) y

Joan del Alcàzar i Garrido(3)

13 páginas

"...nosotros los norteamericanos seguimos recordando lo que pasó ese martes sangriento, el 11 de septiembre de 1973. Tal vez sea esa la razón más significativa por qué Salvador Allende y su acción política continúan influyendo nuestras opiniones sobre Chile"(4).

I. El 11 de septiembre: un pasado cargado de presente

Formuladas a comienzos de la década de los noventa por un reputado latinoamericanista, las palabras consignadas en la cabecera de estas páginas son expresivas tanto de la conmoción que los acontecimientos chilenos provocaron en la opinión pública internacional como del impacto sufrido por aquellas personas que, sensibilizadas por América Latina, alentaban una vía democrática al socialismo(5). Para muchos, la penosa crónica inaugurada con el derrocamiento de Salvador Allende, terminó por edificar y justificar un recuerdo que además de imperecedero sobrevive influyendo en la evaluación de eventos o dinámicas cronológicamente anteriores o posteriores al mismo Golpe de Estado.

Entendido como un hito para sus contemporáneos, el paso del tiempo ha elevado la importancia del 11-S a una altura poco frecuente. Ruptura histórica, crisis institucional o hecho crucial, lo cierto es que los sucesos acontecidos en el umbral de esa inolvidable primavera de 1973, sólo parecieran admitir una calificación reservada para aquellos momentos estelares en el itinerario de una nación. A veinticinco años de sucedidos los acontecimientos, todas las interpretaciones disponibles concuerdan en reafirmar su condición excepcional. Se trataría entonces, de uno de esos raros momentos que sintetizando en pocas horas toda una época, cierran y abren; clausuran e inauguran; y, antes que todo, permiten sostener, evocando su mera presencia, el comienzo o el fin de grandes procesos colectivos.

Atendida su originalidad cataclísmica, suficiente para trazar una línea divisoria que certifica la existencia de un antes y un después, el carácter fundamental, plurifacético y caleidoscópico del 11-Septiembre favorece una polisemia de explicaciones.

De este modo, y mientras para un destacado sociólogo(6), el 11-S simboliza tres aspectos diferentes, (a) la culminación de una crisis de la democracia y, por consiguiente, del sistema político; (b) un Golpe de Estado, esto es, una insurrección; y (c), el inicio de un proceso revolucionario o contrarrevolucionario encabezado por el poder militar. Desde un punto de vista más parcial puede ser entendido como: (a) el fracaso de un gobierno reformista, (b) la cancelación de una nueva esperanza latinoamericana, y más importante que todo, (c) un severo

cuestionamiento a la posibilidad de transitar al socialismo con omisión de consensos, arreglos o compromisos entre fuerzas políticas de diferente signo. Contaminados por las imágenes de un tan frenético como inusual bombardeo, anticipo de la violencia de lo que sobrevendría, olvidar la dimensión rupturista que el Golpe de Estado transmite es imposible, aunque conscientemente pretendamos evitarla. Perjudicados o favorecidos por su concreta materialización, el 11-S alcanza, a juzgar por la cantidad artículos consagrados a ese tópico, la categoría de obsesión nacional y no hay visos ciertos de que esa situación vaya a aminorar hacia el futuro.

Pero el enorme poder fáctico que la secuencia de acciones y consecuencias imprimió en más de una generación de chilenos, no debería condenarnos a desarrollar una suerte de microhistoria del derrumbe institucional, finalmente presa de su única e íntima originalidad. De igual manera, tampoco parece satisfactorio que el 11-S pueda ver agotada su naturaleza magmática con arreglo a la aplicación de un particular dispositivo interpretativo; muy controversial es que su celebración o conmemoración sea administrada como si fuera patrimonio exclusivo de algún sector, grupo o segmento social; igualmente dudoso es que la intelección de su génesis y consecuencias deba ser reducida a un trascendental pero acotado impacto nacional; o, finalmente, difícilmente aceptable, es que por causa amparados en su carácter disruptivo y excepcional se promueva analizarlo en estado puro, desarraigado de sus eslabonamientos hacia atrás y hacia adelante(7).

Del mismo modo, la violencia que caracteriza toda la jornada y que seduce por su virulencia -extraña a una historia republicana ajena al gompismo como fórmula habitual(8)-, no se constituye en excusa suficiente como para quedar atrapado en las columnas de humo propalado por un anticipado, pero así y todo, brutal acontecimiento.

En nuestro criterio, el 11-S es sin duda un suceso interpelante para quien quiera dejarse llevar por la multitudinaria soledad de los "derrotados" o por la sorprendente belicosidad de los "vencedores". Campo privilegiado de combate ideológico antes que de la interpretación equilibrada, la interpretación del 11-S ha pasado a ser tan importante como la cuidadosa reconstrucción de circunstancias que se sucedieron a lo largo de una abrumadora jornada.

De un modo u otro, las páginas que siguen operarán sobre la base de un convencimiento irrenunciable: un intento de aproximación convincente hacia el 11-S en alguna de sus aristas posibles, demanda la presencia de un guión prudente y cuidadoso. Interesados en comprender antes que en denunciar, nuestro propósito discurre menos por el callejón de las respuestas preconstituidas y más por las anchas, pero poco frecuentadas alamedas de la crítica histórica. Conocedores del impresionante impacto internacional de que gozó la experiencia chilena y favorecidos por el decantado testimonio de algunos de sus principales protagonistas, escogeremos el exigente camino de la desmitificación.

Descartadas aquellas visiones que con arreglo a dosis mayores o menores de manipulación, han terminado por construir interpretaciones asfixiantemente interesadas de los eventos acaecidos antes, durante y con posterioridad al 11-S, la prudente distancia respecto a los sucesos impone una necesaria exégesis alternativa a la internacionalmente predominante.

Amen de otras justificaciones de indole académica, generacional o simplemente coyuntural, el sincero aprecio que suscribimos por la propia figura de Allende inhabilitan, de nuestra parte, cualquier lectura simplificadora sobre su triste y solitario final. Allende, entendido para muchos, como el "horizonte de nuestro mundo moral"(9), no merece semejante desaguisado.

Desmontar una visión construida en la perplejidad del fracaso es sin duda una tarea difícil, máxime cuando el recuerdo de los acontecimientos acude mediatizado por la activa presencia de aquellos que comandaron el Golpe. Al respecto el contraste es radical: mientras Allende, junto a buena parte de sus colaboradores y correligionarios -algunos exterminados de modo planificado(10)- han fallecido, Pinochet continúa, a 25 años de los sucesos, detentando la máxima jerarquía en el Ejército de Tierra y se encuentra en la antesala de ser legalmente reconocido como senador vitalicio. Pese a lo anterior, la necesidad de procesar un pasado conflictivo, que para muchos, tanto en Chile como en el exterior, perdura bajo la forma de una herida todavía sangrante, bien vale el mejor de nuestros esfuerzos. La definitiva obligatoriedad del ejercicio crítico es aun más acuciante si -y con esto cerramos la introducción- apreciamos que todavía circulan visiones esclererotizadas, míticas o francamente tendenciosas, inmunes al obligado revisionismo que el paso del tiempo siempre conlleva. Visiones, finalmente, que se presentan bien dispuestas a reproducir versiones apologéticas antes que explicativas.

II. La caída de Allende como bomba mediática: fracaso político y victoria comunicativa

La condena al Golpe, a sus ejecutores y también a sus patrocinadores, es inmediata y las muestras de solidaridad internacional donde cohabitan la repulsa por la Junta con la tristeza por el derrumbe de una ilusión, todavía conmueven(11). Dado el cariz de los acontecimientos, no resulta extraño entender que el anonimato relativo de un país instalado en el *Finis Terrae* desaparezca en minutos y en su lugar gane vigor un sentimiento, ante todo un sentimiento, de simpatía y proximidad hacia la Unidad Popular y, por extensión, hacia el pueblo de Chile.

La materialización de una prolongada fase de terrorismo de Estado que sobreviene como parte fundante de la insurrección militar, no llaman a confusiones(12). Para los contemporáneos el proceso no resiste una calificación ambigua: tal y como había sido anticipado, la amplitud de la represión constituye una pieza más de una arquitectura retardataria que tiene su más cabal definición en el fascismo(13). Ciertamente, para los ciudadanos de aquellos países que vivían o habían conocido alguna forma extrema o mitigada de autoritarismo, la coyuntura chilena no podía ser más crítica.

Por cuanto respecta a la situación de la izquierda en el escenario posterior al 11-S, una cuestión decisiva está dado por su traumático presente(14). Sobrepasada por el vértigo de una insurrección militar, los testimonios recogidos y las primeras impresiones conocidas, ratifican la fulminante perplejidad en que se sumerge. Desprovista de organización, concertación y liderazgo para enfrentar una nueva fase del conflicto, agobiada por una represión que a cada minuto cobra detenidos o nuevas víctimas, y vitalmente amenazado su entorno de militantes y simpatizantes(15), el futuro de la izquierda chilena dentro del nuevo autoritarismo está marcado por el signo de la supervivencia antes que por la posibilidad de una respuesta(16).

En ese contexto, caracterizado por el estallido de una violencia desconocida en su extensión y sistematicidad, que públicamente anuncia la eliminación física del adversario(17), y por la rápida desestructuración de las bases de apoyo de la proscrita Unidad Popular, se reproducen confusas versiones sobre los acontecimientos.

Mientras a lo largo y ancho del territorio nacional se inicia una fase represiva marcada por su masividad antes que por su selectividad, en el exterior se libra una batalla comunicativa que enfrenta la campaña de propaganda de la junta militar, contra una porción no despreciable de la prensa internacional. Al tiempo que llegan las primeras noticias desde Chile, la mayor parte de los medios de comunicación europeos cuestionan la radicalidad de lo ocurrido y, de paso, practican constantes denuncias sobre la ferocidad de la represión posterior al 11-S. Usualmente críticos respecto de las nuevas autoridades y sus belicosas intervenciones, los acontecimientos de Chile son transmitidos por la prensa internacional como una dolorosa tragedia(18).

III. La constitución de una leyenda dorada sobre la Unidad Popular.

Para el conjunto de la izquierda chilena ubicada tanto en el interior como en el exilio, todas y cada una de las informaciones que provienen de la Junta Militar, son entendidas como burdas mentiras o planificados engaños. Frente a la campaña comunicacional del nuevo régimen, comienza a edificarse una imagen mayormente mítica de los sucesos chilenos. Aunque es difícil concordar los contornos de esta versión ficticia que se transmite en paralelo a partir del 11-S, su fisonomía interior se organiza en torno a varios elementos. Antes que nada existe un dispositivo básico y crucial: Allende tiende a ser exculpado, sobreesido de su efectiva e individual responsabilidad política en el colapso de su presidencia.

La operación intelectual que permite ese milagro explicativo es simple: el gobierno de la Unidad Popular es visto más desde su desenlace --el 11-S-- que a partir de su instalación, el 4 de noviembre de 1970. Ciertamente, al ser entendidos los eventos desde este curioso prisma, que condensa el tiempo histórico por la vía de comprimir más de 1000 días de administración en tan sólo media jornada de desigual lucha, la balanza se inclina en favor de Allende y los defensores de La Moneda.

Adicionalmente, junto a esta lectura ideológica del pasado inscrita en un marco de guerrilla comunicativa, antes que al menos explorado sendero de la comprensión satisfactoria, coexiste una segunda clave interpretativa: Allende es entendido como el mejor representante de la democracia chilena. Su muerte, en manos de fuerzas ominosas y conspirativas, se homologa a la irremediable desaparición de una democracia reconocida por su tradición de institucionalidad, legalidad y constitucionalidad. En esta versión Allende, antes que socialista, se nos presenta como un republicano ejemplar(19).

Por último se desprende un tercer componente reduccionista. El torbellino de acontecimientos, la mayor parte de ellos consumados con la presencia de multitudes en las calles es personalizado en un sólo individuo. Al igual que en otras experiencias populistas de corte progresista, Allende pasa a encarnar al conjunto de un pueblo. Él es su portavoz dilecto y su desaparición es la pérdida de su principal y casi exclusivo defensor. En cierta medida, su silenciamiento es también la desaparición de todo un heterogéneo colectivo nacional mayoritariamente afín con el proceso en marcha(20).

Los acontecimientos del mismo 11 de septiembre apoyan esa tríada de ideas-fuerza. Mientras Allende actúa en defensa y estricto apego a la legalidad, los golpistas subvierten la juridicidad del modo más flagrante. Mientras Allende se nos presenta como un líder carismático, depositario de una voluntad soberana expresada en las urnas y que lo obligaba a desenvolverse en medio de estrictos márgenes éticos, los facciosos -junto con singularizar la traición y la mentira en sus versiones más degradadas- asumen el papel de enemigos del pueblo. Coherente con ese argumento, la versión expiatoria de Allende y su gobierno, tendía a omitir la profundidad de la crisis institucional y la masiva y cada vez más intensa oposición; minimizaba por lo tanto aquella simpatía nada despreciable e, incluso, quizá, mayoritaria que demandaba una "salida" a la crisis sin negar la posibilidad de un Golpe.

Por otra parte, Allende es presentado como una víctima de muchas circunstancias imposibles de cambiar. Preso de determinaciones asfixiantes, su trayectoria en el poder pasó a ejemplificar, quizás del modo más pedagógico, la congénita debilidad que afecta a cualquier líder acosado por poderes superiores. A fuerza de circunstancias efectivas, la interpretación más socorrida sobredimensionó el papel de la intervención norteamericana, hasta el punto de confeccionar una caricatura de los acontecimientos donde la coalición golpista figuraba como una marioneta desaliñada a manos de Estados Unidos. Si bien nadie puede dudar sobre la permanente intervención norteamericana dispuesta a crear, incluso antes del reconocimiento parlamentario a su triunfo, las condiciones para el derrocamiento de Allende, la validez de ese dato, por sí solo no puede dar cuenta de un proceso cuya dinámica y desenlace, acotados desde el exterior, fueron definidos por la densidad de los fenómenos internos(21). A su vez, el desproporcionado asedio a La Moneda, facilitó la imagen definitiva que ampliaría la popularidad de Allende y lo catapultaría al sitio que ansiaba ocupar(22). Encerrado en un edificio desierto, aislado de cualquier apoyo popular, Allende se enfrentaba metrallada en mano a tanques, aviones y tropas bien entrenadas. Aunque el final era imposible de ser substituido por uno diferente, la rendición, como había anticipado muchas veces en privado pero también en público, no figuraba entre sus alternativas disponibles. Valiente, consecuente e incapaz de rendirse, su pertinaz defensa de la simbología republicana (representada en su inmoción en pleno Palacio de Gobierno) fue difundida hasta el exceso a partir de versiones presas de una guerra comunicativa que enfrentaba a con buena parte de una conmovida prensa internacional.

A contrapelo de una mirada equilibrada, cabe subrayar otro dato básico: las omisiones que proyecta esta leyenda dorada son tal vez más numerosas que las exactitudes en las que incurre. En este punto, por ejemplo, insuficientes han sido los análisis relativos a la pertinaz y finalmente decisiva incomunicación entre Allende y la cúpula de la Unidad Popular. Adicionalmente, poco es lo que se dice sobre la ausencia relativa de respaldo popular frente al golpe(23). Y no estamos aludiendo a la exánime respuesta paramilitar(24) frente a un adversario profesional, pertrechado y parapetado, sino de la ambigüedad de muchos que viendo el giro que tomaban los acontecimientos proclamaron su decidida simpatía respecto de la junta militar al mismo tiempo que eliminaban todo rastro de su hasta ayer furibunda lealtad al gobierno del Dr. Allende(25).

Tras aquel complejo andamiaje retórico saturado de verdades a medias, latía un objetivo instrumental imprescindible: era necesario deshumanizar a Allende,

despojarlo de todas sus vacilaciones, desviaciones y debilidades y convertirlo en una distorsionada proyección de sí mismo: en un héroe de la futura resistencia(26). Para cumplir tal propósito era necesario ratificar como exclusivamente verdadera una de las versiones disponibles sobre su deceso: Allende había muerto combatiendo(27). Sitiado por fuerzas superiores, Allende no podía haber perecido como uno de sus más fieles lugartenientes: el periodista Augusto Olivares. El suicidio era una invención del fascismo, Allende había caído en pleno combate, indudablemente asesinado a manos de las fuerzas de asedio al Palacio, dirigidas por el General Palacios.

De acuerdo a una narración divulgada en 1980, el epílogo de la resistencia en La Moneda ocurrió del siguiente modo:

"Herido y arrastrándose bajo la metralla, Allende empuñó una bazuca y de un disparo destruyó un tanque situado en la calle Morandé, uno de los que más furiosamente cañoneaba el palacio (...) A las 13:30 (...) la mayor parte de los defensores de la sede habían perecido. El periodista Augusto Olivares, director de la Televisión Nacional, asesor y amigo personal de Allende, tuvo un comportamiento especialmente heroico, combatiendo incesantemente, disparando a través de las ventanas de La Moneda contra la horda de atacantes fascistas. Fue gravemente herido y no quiso reposar. Murió en su puesto de lucha (...) Ya cerca de las 14:00 (...) un nuevo asalto de la infantería permitió la irrupción en la planta alta. El Presidente se parapetó en una esquina del Salón Rojo y comenzó a disparar hacia la puerta por donde momentos después irrumpiría la soldadesca. Combatiente hasta el último instante de su vida, Allende fue acribillado a balazos por la tropa asaltante"(28).

Pese a que su muerte corresponde a un típico "suicidio altruista", como lo definiera Durkheim: el del oficial que sale el primero de la trinchera o el capitán que se niega a abandonar el puente cuando su barco naufraga(29), el fundamental mito del presidente combatiente no podía sufrir ninguna contestación(30). De este modo, tal y como ha subrayado José Rodríguez Elizondo: "La asignación de una muerte guerrillera para Allende, debía servir como factor movilizador en las luchas políticas chilenas del futuro próximo. No era lo mismo inmolarse en defensa de un "sistema de mierda"(31), como diría García Márquez en una especie de "refrito" de la versión del discurso de Fidel Castro(32), que morir combatiendo para que otros guiados por el ejemplo, iniciaran una lucha con objetivos radicales"(33).

IV. La Unidad Popular en el imaginario de las izquierdas

La consumación de un enfoque simplificador, dependiente de las exigencias ideológicas del momento, postergaba indefinidamente la posibilidad de realizar un juicio político al dirigente alojado detrás del mártir. En este sentido, por ejemplo, reconocer su suicidio y los reiterados intentos de negociación con el mando militar golpista durante la fase final del asedio, constituiría un desincentivo fatal para una respuesta ubicada siempre en el futuro. Por otra parte, reconocer su muerte civil y no guerrillera, abriría un espacio para abrir un juicio respecto de su propia inhabilidad política, que seguramente terminaría por asignar una impredecible cuota de culpabilidad a los partidos de la coalición gubernamental sobre el derrumbe de la Unidad Popular.

La leyenda dorada rápidamente fue reproducida y salvo pequeños detalles, pervivió en el tiempo. La propia y en su momento sorprendente personalización del régimen autoritario hicieron más contundentes algunos de sus supuestos, materializándose, por ejemplo, las siguientes antinomias:

<i>Allende (1908-1973)</i>	<i>Pinochet (1915-...)</i>
Civil	Militar
Verdad	Mentira
Confianza	Traición
Valentía	Precaución
Oratoria	Limitación verbal
Reformista/Revolucionario	Fascista
Compromiso	Desacato
Consecuencia	Oportunismo
Ilustración	Barbarie

A nivel internacional, y especialmente en aquellos países donde la izquierda tenía una fuerza política afincada en un auditorio activo pero menor, la Unidad Popular fue entendida como el fracaso del reformismo(34). De acuerdo con esa lectura, la fatal ingenuidad del Presidente Allende, ejemplificada en su cándido respeto hacia una institucionalidad forjada y funcional por y para la clase dominante y en su concomitante debilidad para activar la tan ansiada violencia revolucionaria, eran lecciones palpables de la inutilidad de avanzar hacia el socialismo a través de una legalidad democrático-burguesa.

Si bien la conclusión más radical fue la adoptada por las guerrillas centroamericanas y por algunas fuerzas pro cubanas en Sudamérica, el descrédito respecto de la democracia liberal y sus derechos y deberes había calado hondo entre la intelectualidad progresista(35). A este respecto cabe transcribir in extenso la opinión que Ernesto Sábato manifestara, a pocos días del 11-S sobre este punto:

"Tal vez el doctor Allende ha pagado por el excesivo respeto que mantuvo por todas las libertades, sin excepciones. Tal vez esa durísima experiencia revela que no puede llevarse a cabo la gigantesca tarea de liberar a un pueblo oprimido, respetando la libertad de los que oprimen, dejando que tergiversen, comploten, chantajeen y asfixien con sus infinitos poderes. Dar igual libertad a los lobos y los corderos es una irrisoria candidez que sólo puede concluir con el exterminio de los corderos...Esta tristísima página en la historia de un pueblo estoico tiene que servirnos de lección para todos los que, marxistas o no, vivimos en esta parte del mundo y en esta hora crucial para nuestra definitiva liberación"(36).

A la inversa, en aquellas nacionalidades donde la izquierda, socialista o comunista, disponía de buenas probabilidades para acceder a una gobernabilidad directa, las enseñanzas originadas en el fracaso de la Unidad

Popular reforzaban la necesidad de revalorizar la construcción de consensos políticos más allá inclusive de mayorías parlamentarias. Ciertamente nos estamos refiriendo tanto a la estrategia de compromiso histórico entre demócratacristianos y comunistas propuesta por Berlinguer en Italia como la alianza entre el Partido Comunista y el Socialista en Francia. Probablemente minoritaria, la lectura tempranamente eurocomunista, operaba en medio de un contexto intelectual mayoritariamente descreído de las virtudes propias de la democracia y de la importancia de no aislar a la derecha y de construir eventuales alianzas con el centro.

Con todo, y apoyado en una todavía vigente ortodoxia, para la mayoría la Unidad Popular fue entendida como un proceso reducible a la omnipresente esfera de la lucha de clases. Antes que una dinámica esencialmente política y respaldada en unas peculiares tradiciones multipartidistas y presidencialistas, el colapso del proyecto popular era entendido a partir de una fatal combinación de: imperialismo/debilidad del movimiento revolucionario/desarme de las masas/divisiones al interior de la vanguardia, etc. etc.

En un caso u otro, en el ámbito de opinión pública, la visión exculpatoria respecto de Allende y definitiva respecto del carácter fascista del régimen entrante cuajó como la predominante. En lo atinente a España, desprovistos de una realidad académica a la cual acudir para aprehender la trayectoria chilena, las publicaciones realizadas, se deslizan en favor de un canon periodístico o político-ideológico que reproduce el argumento presente en la Leyenda Dorada. Hubo que esperar una buena cantidad de años para que voces más exigentes, comenzaran a argumentar de otra manera. En esta línea cabe citar uno de los primeros artículos publicados en Chile, no de un modo clandestino, que ponía en marcha el delicado, pero necesario mecanismo de la autocrítica. Elaborado por Tomás Moulian, destacado sociólogo de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) con sede en Santiago, el texto demandaba una rápida diferenciación entre derrota y fracaso: "Algunos critican que se hable de fracaso de la UP y prefieren que lo sucedido se caracterice como una derrota. En esa actitud hay un factor positivo: el rechazo de las tendencias culpógenas que durante tiempo oscurecieron la perspectiva analítica. Pero también es una manifestación de la resistencia a afrontar las responsabilidades políticas, a enfrentarse a la experiencia de la UP como sujetos protagonistas. Se prefiere el término derrota porque habla de un proceso objetivo en el cual las evoluciones y desarrollos correspondieron a una lógica casi imposible de ser influida a través de un esfuerzo intencional y consciente. Una derrota pertenece a la esfera de los fenómenos cuya legalidad es inútil tratar de manipular; se trata de una situación de la cual se es víctima y no responsable"(37).

Con una argumentación similar a la expuesta alguno años antes por Joan Garcés, quien había afirmado respecto de la Unidad Popular: "...ni las causas ni el desenlace estaba dado desde un comienzo, ni las opciones y combinaciones sucesivas que fueron configurando la estructura de la acción colectiva estaban predeterminadas de antemano, ni la posición y suerte de cada grupo o persona iba a ser independiente del papel que voluntariamente habían venido asumiendo"(38), Moulian concluye su persuasivo relato subrayando que: (...) es indispensable abordar el período de la UP como un fracaso en el cual existieron errores discernibles y claras responsabilidades políticas. Esa perspectiva es la única que nos permite abordar la política como acción histórica y no como una especie de fatalidad, de conjuro de fuerzas oscuras".

En la visión de otro sociólogo que destacaba las enormes dificultades de la militancia e intelectualidad de izquierda para enfrentar los traumáticos eventos de 1973, se confirma que inmediatamente después de la caída de Allende: "...prevaleció una visión maniquea, que imputaba toda la responsabilidad de la crisis de la democracia al "imperialismo", la "reacción" y a los militares golpistas. No se admitía, por otra parte, continua Eugenio Tironi, que el régimen militar pudiera mantenerse por demasiado tiempo. La interpretación del 11 de septiembre como una derrota transitoria era reconfortante desde el punto de vista emocional..."

Superado ese primer momento, "...el diagnóstico de la derrota fue dejando paso al diagnóstico del fracaso. En efecto, la reflexión de la izquierda se orientó desde entonces a poner al desnudo los límites y errores del proyecto y Gobierno de la Unidad Popular. Por entonces, la principal conclusión fue que sin mayoría política ese proyecto era inviable toda vez que conducía (por acción o reacción) al uso de la fuerza y al fin de la democracia. Ya entonces, ello fue abriendo paso a una nueva disposición de la izquierda hacia la Democracia Cristiana"(39). A más de dos décadas de consumada la vorágine que remataría la vía chilena al socialismo y la convertiría en un hecho internacionalmente perturbador, cabe formular una pregunta: ¿era posible una interpretación alternativa a aquella versión dorada que pululó más allá de los Andes, apetecida por un funcionariado partidista fiel a las consignas y poco proclive a la problematización del conocimiento del fin de la *vía chilena al socialismo*? Aunque la contestación a esa pregunta nos llevaría por vericuetos desconocidos, dejamos abierto ese interrogante.

NOTAS.

1. Originalmente fue publicado en catalán en la revista El Contemporani. Arts, història, societat, Barcelona, N° 15, 1998.
2. Gonzalo Cáceres Quiero ha sido Profesor Visitante en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València (Programa de Cooperación Interuniversitaria AL/E. 1998).
3. Profesor del Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de València.
4. Nunn, Frederick, "Allende/Allende: ficción, historia y traducción de una novela de Fernando Alegría", en Historia, Santiago, Número 28, 1994, p. 243.
5. Por ejemplo, Berlinguer, Enrico, "Reflexiones sobre Italia tras los hechos de Chile", en Ibíd, La "cuestión comunista", Barcelona, Editorial Fontamara, 1977, pp.139 y ss.
6. Garretón , Manuel Antonio, Hacia una nueva era política. Estudio sobre las democratizaciones, Santiago, FCE, 1995, p. 55
7. Aludimos a un imaginativo y perturbador artículo de Alfredo Jocelyn-Holt. Receptivos a la idea de entender el 11-S como "un mentís de nuestra autopercepción como pueblo civilizado", diferimos en muchas de sus conclusiones. En este punto, la complejidad temática ofrecida en el título del trabajo, no pareciera compadecerse con su resultado. Ausente un efectivo diálogo entre ideología y proceso político, o mejor dicho, entre armazón teórica y actores que llevan adelante, o hacia atrás, la actividad política, concordamos en destacar la

ausencia de individuos, grupos, actores o sujetos reconocibles en la argumentación. Cfr. Jocelyn-Holt, Alfredo, "Ideología y proceso político: el gato por liebre", o la ideología como engaño histórico analítico", en *Proposiciones*, Santiago, Número 24, 1994, pp. 124-128.

8. Entre 1932 y noviembre de 1970, es posible identificar tan sólo dos intentos serios de Golpe militar. El primero, en agosto de 1939, promovido por un General del Ejército de Tierra de evidente inspiración fascista llamado Ariosto Herrera, fue tempranamente sofocado. El segundo, que culmina con el intento de secuestro y posterior asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, fue instigado por el ex-general Roberto Viaux y materializado por un comando civil de extrema derecha. Aunque luego se intentó atenuar su importancia, lo cierto es que respondía a un plan promovido por la administración Nixon, coordinado por altos mandos de las Fuerzas Armadas, ejecutado por la extrema derecha, y que seguramente contó con el beneplácito de políticos adscritos tanto al Partido Nacional como a otras colectividades. Exceptuamos de esta breve lista el motín militar conocido como Tacnazo, verificado en octubre de 1969 y la oferta de derrocamiento pactado que un destacado político demócratacristiano, le formulara el 25 de septiembre de 1970 al en ese momento número dos del Ejército, General Carlos Prats. Respecto del "Ariostazo", ver: Gurriarán, José A.. *Chile: el ocaso del general*, Madrid, Ediciones El País-Aguilar, 1989, p. 149. Sobre la trama latente en el intento de secuestro de Schneider, ver la esclarecedora entrevista que Andrés Kramer (Chile: historia de una experiencia socialista, Barcelona, Península, 1973, p. 180 y ss.) realizó al abogado de Roberto Viaux y creador del Frente Nacionalista Patria y Libertad, Pablo Rodríguez. Respecto del "Tacnazo", ver: Arriagada, Genaro, *La política militar de Pinochet, 1973-1975*, Santiago, Impresor Salesianos, 1985, p. 44 y ss. Sobre los acontecimientos de septiembre-octubre de 1970, cfr. el revelador libro del politólogo valenciano Joan Garcés, *Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 151-152.

9. La expresión es de Manuel Vázquez Montaban, ver su artículo: "...de lo que fue Santiago ensangrentada", en *El País*, Madrid, 02-11-1988, p. 6.

10. José Tohá, Daniel Vergara, Eduardo Paredes, Enrique París y Orlando Letelier, entre otros, sucumbieron a manos del régimen militar. Clodomiro Almeyda, Edgardo Enríquez, Laura Allende, Enrique Kirberg, Pedro Vuskovic y Orlando Millas, entre otros, fallecieron de muerte natural.

11. Noticias al respecto, por ejemplo, en diversos artículos y reportajes publicados en la revista española *Triunfo* a partir del 22 de septiembre de 1973.

12. Sobre el terrorismo de Estado, ver: Rojas, María Eugenia, *La represión política en Chile: los hechos*, Madrid, IEPALA, 1988; Ahumada, Eugenio et. al. *Chile: la memoria prohibida. Las violaciones a los derechos humanos 1973-1983*, Santiago. Pehuén, 1990, Vol. 1, 2 y 3; Secretaría de Comunicación y Cultura, Secretaría General de Gobierno, *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Santiago, 1991, Vol. 1, 2 y 3. Padilla, Elías, *La memoria y el olvido. Detenidos desaparecidos en Chile*, Santiago, Ediciones Orígenes, 1995.

13. En relación al fascismo, Salvador Allende, en su última alocución afirmó que en el país "...el fascismo ya estuvo hace muchas horas presente; en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gaseoductos, frente al silencio de quienes tenían la obligación de

proceder", en Martner G., Gonzalo, Salvador Allende 1908-1973. Obras escogidas, Santiago, Ediciones del Centro de Estudios Políticos Latinoamericanos Simón Bolívar, 1992. Las expresión Fuerzas Fascistas, Fascismo o Golpe Fascista eran ampliamente utilizadas con antelación al 11 de septiembre. En una línea coincidente, el concepto gobierno fascista fue repetidamente mencionado desde fines de la década del '60 en un nutrido repertorio de publicaciones periodísticas y académicas latinoamericanas (Por ejemplo, Sobre el particular no nos olvidamos de su primera contribución: Dos Santos, Theotonio, Socialismo o fascismo el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano, Santiago, Ediciones Prensa Latinoamericana, 1972 y Rama, Carlos, Chile mil días entre la revolución y el fascismo, Barcelona, Editorial Planeta, 1974). La denominación gana nuevamente fuerza, esta vez en una clave más coloquial, cuando a comienzos de la década de los ochenta los partidarios del régimen militar eran identificados por la oposición política clandestina bajo el apelativo de "fachos".

14. Anticipatoriamente un periodista de derechas señaló en 1973, que la "...forma en que Salvador Allende encontró la muerte continuará obsesionando las mentes de la izquierda, al igual que seguirá turbando los espíritus de aquellos que no estaban seguros de lo que él representaba", en Moss, op. cit, p, 15.

15. Por ejemplo, Tironi, Eugenio, La Torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política, Santiago, Ediciones Sur, 1984, p. 14 y ss.

16. Interesantes reflexiones sobre la izquierda chilena sin Allende en: Moulian, Tomás, Chile actual: anatomía de un mito, Santiago, Ediciones Lom, 1997.

17. El furibundo antimarxismo presente en la nueva Junta de Gobierno, fue singularmente encarnado por el General del Aire Gustavo Leigh. En su primera alocución televisiva, Leigh señaló hacia el final de su intervención que: "...la enorme mayoría del pueblo chileno...está dispuesta a luchar contra el marxismo, está dispuesto a extirparlo hasta las últimas consecuencias". Tomado del documental "La batalla de Chile. Parte II: el golpe de Estado", dirección: Patricio Guzmán.

18. Sobre el estado de la prensa nacional pre y post 11-S, ver: Pierce, Robert, Libertad de expresión en América Latina. Técnicas y sistemas de control de la prensa, Barcelona, Editorial Mitre, 1982, pp. 89-121

19. El 24 de Agosto de 1973, en una comunicación abierta al pueblo de Chile, Allende autocalificaba su gestión del siguiente modo: "Con tranquilidad de conciencia y midiendo mis responsabilidades ante las generaciones presentes y futuras, sostengo que nunca antes ha habido en Chile un gobierno más democrático que el que me honro en presidir, que haya hecho más por defender la independencia económica y política del país, por la liberación social de los trabajadores", en Martner, op. cit, p. 550.

20. La mayor parte de los francotiradores que se enfrentaron a las fuerzas militares que asaltaban La Moneda y los edificios públicos adyacentes, eran de procedencia latinoamericana. Los aislados focos de resistencia corrieron por cuenta de trabajadores mal pertrechados y militantes socialistas que ocupaban decenas de fábricas en los cordones industriales. Cfr. Varas, Florencia y José Manuel Vergara, Operación Chile, Barcelona, Pomaire, 1973.

21. Garretón, Manuel Antonio y Tomás Moulian, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago, CESOC-LOM, 1993, p. 15.
22. De acuerdo con el testimonio de muchos protagonistas de los sucesos y a medida que la espiral conflictiva se hacía cada vez más intensa, Allende se empezó a pensar a sí mismo como parte de la historia y por lo tanto emplazado en un lugar diferente de la existencia. Según Osvaldo Puccio hijo, Allende tendía el brazo y le decía a su eventual interlocutor: "Toca, esto es mármol". Torres, Maruja, "La nueva batalla de Chile", en *El País*, Madrid, 11-09-1988, p. 2.
23. Del Pozo, José, *Rebeldes, reformistas y revolucionarios. Una historia oral de la izquierda chilena en la época de la Unidad Popular*, Santiago, Ediciones Documentas, 1992, pp. 262 y ss.
24. González Camus, Ignacio, *El día en que murió Allende*, Santiago, CESOC, 1990.
25. Uno de los muchos bandos que la Junta Militar divulgó ese día, obligaba a colocar la bandera chilena en las residencias particulares en señal de saludo y reconocimiento a los "salvadores de la patria". Es muy probable que un segmento de aquellos simpatizantes más reconocidos del gobierno depuesto hayan acatado la orden en función de estrategias de supervivencia personal.
26. Cfr. Altamirano, Carlos, *Dialéctica de una derrota*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1978.
27. Allende durante la mañana del 11-S se dirigió al país en cinco oportunidades. Las cuatro primeras a través de radio Corporación mientras la última, sin duda la más importante y también la más extensa de todas, ocurrió a través de los equipos de Radio Magallanes. En su tercera comunicación, verificada a las 08:45 a.m. Allende anunció en tono enfático: "...defenderé el Gobierno porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir la voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo. Si me asesinan, el pueblo seguirá su ruta, seguirá el camino con la diferencia quizás que las cosas serán mucho más duras, mucho más violentas", en Quiroga, Patricio (editor). *Salvador Allende. Obras escogidas (1970-1973)*, Barcelona, Editorial Crítica, 1989, p. 395. Aunque más tarde haya sido suficientemente aclarada, la argumentación en favor del asesinato cobra fuerza a partir de este discurso.
28. Otero, Lisandro, *Razón y fuerza de Chile. Tres años de Unidad Popular*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980, pp. 230-231.
29. Marsal, op. cit. pp. 96-97.
30. Lamentablemente, en torno a un proceso tan importante como el iniciado por la Unión Progresista de Fiscales el 4 de julio de 1996 por crímenes contra la humanidad y genocidio contra Augusto Pinochet Ugarte, Gustavo Leigh Guzmán, César Mendoza Durán, José Toribio Merino Castro y otros, cometidos entre 1973 y 1990, se han vertido expresiones que siguen suscribiendo la tesis del asesinato. Cfr. "Sobre la postura del Fiscal-jefe de la Audiencia Nacional en los Juicios sobre los Detenidos Desaparecidos españoles durante la dictaduras militares de Argentina y Chile" en: www.derechos.org/nizkor/jueces/doc/juicios2.html. Más antecedentes sobre el llamado "Juicio a Pinochet en España" en: www.derechos.org/nizkor/chile/juicio/denu.html.

31. La expresión "sistema de mierda", típica del lenguaje de la época, se emparenta con otro slogan utilizado en algunas manifestaciones de adhesión a la Unidad Popular y que rezaba aproximadamente: "Este es un gobierno de mierda, pero es mi gobierno".

32. El discurso de Castro corresponde a una alocución pronunciada en la Plaza de la Revolución el día 28 de septiembre de 1973. De acuerdo a un autor anclado en la Leyenda Dorada: "...este es el relato más completo y fidedigno de que se dispone sobre el fin del último presidente de Chile", Otero, op. cit. p. 326. Una versión completa del discurso en: Vázquez Montalbán, Manuel, La vía chilena al Golpe de Estado, Barcelona, Ediciones Saturno, 1973.

33. Rodríguez Elizondo sobre este punto agrega: "Fidel Castro, rindiendo homenaje al presidente caído, vinculaba el fracaso del experimento chileno con su propia y rotunda autoafirmación. Con la reivindicación de posiciones de liderazgo que el nuevo cuadro político global hacía cada vez menos viables. La muerte del presidente combatiendo a "los fascistas", demostraba que él nunca se había equivocado; que sus posiciones siempre fueron las "correctas", y que esa insólita "vía chilena al socialismo" estaba condenada de antemano por las leyes de la dialéctica. Todo esto pudo condensarlo en la frase clave de su versión sobre la muerte de Allende". Rodríguez Elizondo, José, Crisis y renovación de las izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por "el caso chileno", Santiago, Editorial Andrés Bello, 1995, p. 230 y ss.

34. Aunque España no figura dentro de las referencias nacionales a las cuales alude el párrafo, cabe recordar un iluminador testimonio proporcionado por un periodista, a la sazón militante comunista: "Recuerdo, como un recuerdo negro, que estaba yo en la cárcel de Jaén, destinada a presos políticos en aquella época, cuando fue derrocado y muerto Allende. Y de un conmitón, ante mi asombro y el de algún otro compañero, al oír por la televisión carcelaria lo del derrocamiento, y quiero creer que antes de saber lo de la muerte, aplaudió: se había terminado el reformismo en Chile", en Rincón, Luciano, "La fiesta de la libertad", en El País, Madrid, 13-10-1988, p. 15.

35. Respecto al descrédito de la democracia, presente en la izquierda latinoamericana durante la década del sesenta y parte de la del setenta, ver, entre otras reflexiones: Franco, Carlos, "Notas acerca de la democracia y el socialismo", en Aa. Vv. Movimientos populares y alternativa de poder en latinoamérica, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1980.

36. Marsal, op. cit. p. 98.

37. Moulian, Tomás, La crisis de la izquierda, en Garretón, Manuel Antonio et. al. Chile 1973-198?, Santiago, Revista Mexicana de Sociología-Flacso, 198?, p. 309.

38. Garcés, Joan, Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política, Barcelona, Ariel, 1976, p. 358 (Primera edición en francés de 1976).

39. Tironi, Eugenio, "La experiencia de la izquierda", en El Mercurio, Edición Especial, 12-09-1993.

Pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

